CÓDIGO ABIERTO

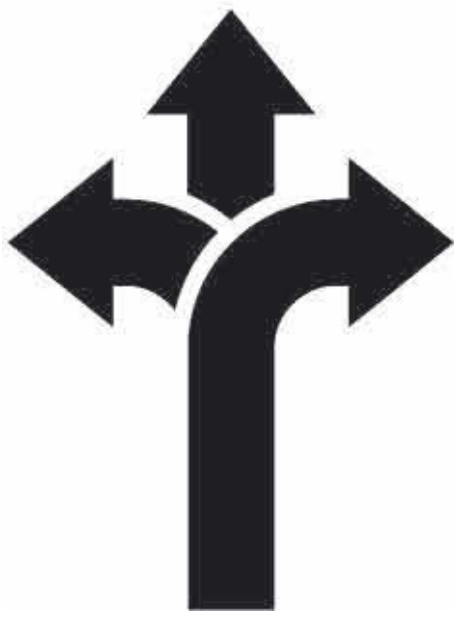
Divergir es humano

Por qué estar conectados no significa pensar igual



ALEJANDRO GARNUNG

La globalización rompe las distancias, pero la resistencia a perder la identidad propia nos fragmenta en nuevas comunidades digitales



Hay quien imagina una humanidad unificada por una inteligencia común, como si compartir información bastara para compartir una verdad. La historia sugiere algo más complejo. Llamemos divergencia cultural al proceso por el que comunidades que comparten origen, lengua o entorno informativo desarrollan creencias, prácticas e interpretaciones distintas. La conectividad no la elimina; modifica sus condiciones. Compartir una infraestructura no implica compartir una interpretación del mundo. Entender esa tensión ayuda a decidir qué tecnología queremos construir.

Hace algún tiempo me sorprendió una curiosidad aparentemente trivial. ¿Por qué sociedades próximas, con hábitos similares, desarrollan gastronomías tan distintas? La misma pregunta surgió en mi trabajo; clientes con problemas semejantes necesitaban soluciones muy distintas. ¿Por qué una humanidad cada vez más conectada sigue produciendo formas de pensar distintas y qué debería cambiar la IA para responder a esa diversidad? Durante décadas creímos que acumular información nos acercaría a una comprensión compartida. Sin embargo, estar más conectados no significa pensar igual; las diferencias persisten y, en algunos contextos, alimentan la polarización.

Cuatro fuerzas favorecen esa divergencia. La primera es el aislamiento geográfico; al expandirse por regiones con climas y recursos distintos, las poblaciones desarrollaron adaptaciones y tradiciones también distintas; la domesticación del trigo y del arroz modeló dietas, calendarios y formas de cooperación diferentes. La segunda es la deriva cultural, semejante a la genética; cuando un grupo se desgaja de otro, el azar y las decisiones individuales alteran lo que recibe la siguiente generación, pues las tradiciones no se copian, se reinterpretan. La tercera es una propiedad de los sistemas complejos; cada innovación interactúa con creencias e instituciones preexistentes, de modo que un cambio pequeño puede tener consecuencias difíciles de anticipar. La analogía con la entropía es una casualidad interesante; aunque con el tiempo hay tendencia al desorden, las sociedades no son sistemas termodinámicos aislados y también generan convergencia. La cuarta es la psicología social; la evolución humana transcurrió en entornos profundamente sociales y, en determinadas circunstancias, las pequeñas diferencias entre comunidades próximas adquieren un valor simbólico desproporcionado, porque distinguirse del vecino refuerza la identidad del grupo. También las instituciones y las reglas que determinan qué conocimientos circulan producen divergencia.

La globalización rompe las distancias, pero la resistencia a perder la identidad propia sigue fragmentándonos en nuevas subculturas y comunidades digitales. La conectividad es la posibilidad de intercambiar información; la convergencia, la aproximación entre ciertas creencias o resultados; la homogeneización, la reducción de las diferencias. Una sociedad puede aumentar su conectividad sin converger; puede homogeneizar ciertos comportamientos y diversificar otros. Internet también estandariza, pero esa convergencia no elimina las diferencias, las traslada a otros niveles, desde la interpretación de los contenidos hasta las necesidades que cada comunidad intenta resolver.

La inteligencia artificial puede favorecer tanto la convergencia como la divergencia. Los modelos compartidos reproducen convenciones comunes; la personalización genera respuestas adaptadas a marcos distintos. Aquí subyace una paradoja: la IA puede uniformar las herramientas con las que pensamos y, a la vez, diversificar las respuestas. Esa divergencia ya no depende del aislamiento geográfico. Conviene no confundir los efectos de Internet con los de la IA generativa: Internet facilita la circulación de información, los sistemas de recomendación ordenan contenidos y la IA generativa produce respuestas nuevas.

Respuesta adaptada a cada entorno

La evolución nos adaptó al entorno; la tecnología prolonga esa capacidad y hoy la IA amplía nuestra adaptación. El peligro no es que las máquinas piensen, sino que arrasen con la diversidad que nos hizo humanos. Al masificar el contenido bajo sesgos centralizados corremos el riesgo de extinguir los dialectos del pensamiento periférico. La diversidad no es un bien automático; algunas diferencias enriquecen el conocimiento, otras dificultan la cooperación.

En CTIC trasladamos esta perspectiva al diseño de soluciones adaptadas a cada contexto. Trabajamos con datos regionales y terminología especializada –corpus minoritarios, vocabulario técnico de nuestro tejido industrial, conocimiento experto– para desarrollar sistemas tecnológicos que respondan a cada entorno; un modelo entrenado con datos insuficientes de una comunidad representa peor sus expresiones y sus necesidades. Diseñar para la diversidad no significa un modelo distinto para cada individuo, sino reconocer qué diferencias son relevantes y qué decisiones no deberían quedar ocultas bajo un promedio. Respetar las particularidades de una comunidad no implica reproducirlas sin examen; una tecnología sensible al contexto también debe identificar los sesgos que pueden perjudicar a quienes la habitan.

Si la IA puede generar respuestas cada vez más parecidas, ¿acabaremos pensando de la misma manera? Hay quien teme el fin de la historia; el riesgo es que la diversidad quede reducida al promedio de lo que los sistemas reconocen. Creemos lo contrario: cada comunidad y cada entidad puede conservar su acento. Divergimos porque nuestra historia, nuestros entornos y nuestras relaciones sociales generan interpretaciones diferentes, porque la cultura es una armadura que nos legó la evolución. La tecnología tampoco subroga nativamente a nuestra conciencia como bucle autorreferente que se pliega sobre sí mismo. Ni tiene por qué borrar esa diferencia, pues puede aprender a habitarla.

El reto no es construir una tecnología que nos haga iguales, sino una que comprenda nuestras particularidades sin convertirlas en obstáculos y se nutra de esa diversidad sin borrarla. ■

Alejandro Garnung es ingeniero de IA y Analítica Avanzada en CTIC Centro Tecnológico

La capital

El enorme potencial de Madrid, y sus detractores por razón política



JAVIER BATALLA

Desde que Madrid es villa –1202 por la gracia del rey Alfonso VIII y antes de que Felipe II decidiera ubicar su corte– puede afirmarse que de toda España han llegado allí todos los provincianos. Del Norte y del Sur, del Este y del Oeste de nuestra nación fueron a la capital del reino para hacer carrera en la administración, negocios en el comercio o fortuna en las finanzas. Eran emigrantes de tierras que daban mal el sustento, buscando oportunidades. Los asturianos se distinguieron en la capital de todas las Españas desde el principio, pues iban a vigilar la paz nocturna, de serenos, o a traficar en el trabajo diario de aguadores –portadores de la vida liquida–. Otros más leídos se colocaban en los negocios públicos para hacer carrera y así los asturianos fueron marcando estilo de buenos gestores, de gente responsable y trabajadores, en definitiva agradecidos y destacados norteños.

Madrid es por derecho la metrópolis y ostenta legítimos títulos que la Historia le ha reconocido. Es indiscutiblemente luz de libertad y tolerancia, escaparate de toda clase de tribus y espejo de ser claramente la ciudad más generosa de este país. Una vez más se encuentra en el escaparate de esta tómbola que han construido una parte de políticos y sus mariachis como si fuera un circo romano. Puede afirmarse que la capital es el campo de maniobras de toda clase de conspiradores internos y externos, charlatanes y feriantes, vendedores de productos diversos y rufianes de todo color dispuestos para casi todo, menos para construir algo que merezca la pena destacar. La villa y corte vive injustamente por parte de algunos una persecución intolerable, descarada y conscientemente preparada, al margen de si los intereses económicos de este motor de la economía de España salen perjudicados. Eso les da lo mismo –el objetivo es claramente político– y para ello han trajinado el «relato o los relatos» y catecismos morales contra Madrid y, como principal objetivo, su Comunidad Autónoma. ¡Donde hay datos sobran los relatos!

En la capital nunca nadie pregunta a nadie de dónde es. Esa urbe universal fue, es y continuará siendo solidaria y hospitalaria porque sus ciudadanos lo han sido siempre desde sus orígenes; no porque lo digan unos o lo nieguen otros, que atesoraran como objetivo demonizar a Madrid y a los madrileños. Vive y deja vivir y es fogón de muchas culturas y